

HISTORIA DE LOS FENICIOS

POR EL

DR. RICARDO PIETSCHMANN

PRIMERA PARTE

1. Limitación del propósito.—Fuentes de la historia de los fenicios.

La presente historia de los fenicios no se propone como objeto principal llegar á la altura de una obra completa é independiente, en la cual consten todos los hechos mas ó menos conocidos hasta ahora, relativos á las vicisitudes de este pueblo y diseminados en otras publicaciones. El propósito que se ha propuesto es completar la historia de la antigüedad que en esta HISTORIA UNIVERSAL, por descripciones parciales, hemos expuesto; por cuyo motivo no hay que exponer aquí las épocas de que tratan aquellas otras obras. No quedarán enteramente excluidas de esta obra la Fenicia de la época persa ni Cartago, pero solo se les tratará en cuanto sea necesario para completar lo dicho en las de esta misma colección: *Historia de la antigua Persia y de Grecia y Roma*. Segun el plan de toda la obra, HISTORIA UNIVERSAL, podrian omitirse tambien todas las noticias sueltas ó poco eslabonadas, que interesan mas al historiador especialista que al amigo de la historia en general, si bien entre estas noticias se hallará seguramente mucho material que, actualmente poco aprovechable, llegará con el tiempo á ser muy importante; y aun hechas todas estas salvedades, no podrá evitarse en mucho tiempo que la historia de Fenicia venga á ser una especie de mosaico ó colección de noticias sueltas, no obstante la multitud de resultados que justamente en estos últimos decenios ha dado la investigación histórica en los países de Oriente. Falta todavía una verdadera conexión interior, pues que el conocimiento de las partes es muy desigual, y no es todavía anticuado del todo, como muchos creen, el procedimiento elegido por Bertoldo Niebuhr en las lecciones sobre la historia antigua que dió en los años 1826 y 1829 en la universidad de Bonn, en cuyas lecciones adoptó lo que llamó «la prudente y amena disposición,» de Pompeyo Trogo. Los descubrimientos sorprendentes debidos á la filología oriental, á la feliz interpretación de inscripciones que antes eran enigmas indescifrables, y á la investigación sistemática de los sitios de los monumentos, han transformado á la verdad el juicio formado por consecuencia del conocimiento anterior de muchas fuentes y han hecho públicos una multitud de documentos inapreciables que yacían ocultos, y grandes restos de literatura oriental antigua. Todo esto ha sacado á plena luz la vida de pueblos olvidados y ha explicado muchas ideas y creencias de tiempos remotos que, no obstante su

singularidad, han tenido frecuentemente una influencia inmensa; pero estos descubrimientos han venido á enriquecer dominios históricos limitados ó á suministrar solo grupos aislados de hechos; porque lo que podemos sacar de las fuentes orientales consiste, especialmente segun las lenguas y escrituras en que están redactadas, en noticias sobre el Egipto, sobre los países del Eufrates y del Tigris, sobre Judá é Israel ó sobre el imperio de los Aqueménides. Ciertamente no ocurrió jamás á ningun egipcio ni asirio estudiar la historia de naciones extranjeras; pero, en cambio, en muchos casos nos facilitan una crítica científica de sucesos históricos los modernos descubrimientos y las noticias casi coetáneas que nos han dejado los historiadores de los griegos, romanos y judíos, mientras que en otros casos, los modernos descubrimientos nos permiten rectificar las noticias históricas que poseemos y aun pasar mas allá de ellas. Sin embargo, estos mismos datos evidencian cuán fragmentarias, cuán sujetas á las mas diversas interpretaciones y cuán escuetas son la mayor parte de las fuentes con las cuales podemos contar, y cuántas y cuán extensas son las épocas que en el mejor caso podemos llenar solo con hipótesis. En fin, los descubrimientos modernos no bastan para suplir la falta de informes eslabonados basados sobre investigaciones sistemáticas, probablemente consignadas en algunas obras perdidas de autores clásicos.

Los fenicios son uno de los pueblos sobre cuya historia han arrojado menos luz los grandes descubrimientos debidos á la investigación de monumentos é inscripciones del antiguo Oriente. La Fenicia propiamente dicha, comparada con el valle del Nilo, con la Asiria ó la Babilonia y hasta con el Asia Menor, es completamente pobre en restos monumentales de la época anterior á la griega. Tampoco poseyó jamás monumentos arquitectónicos que hubiesen podido competir en grandiosidad y duración con las pirámides de Gizé ó con los templos de Karnak y Luqsor. Probablemente ya empezó en la antigüedad, en el estrecho recinto de las ciudades de la Fenicia, la obra de destrucción que ha borrado de la superficie de la tierra á Menfis y tantas otras grandes ciudades del mundo antiguo; pues que los pueblos, para evitarse el trabajo y el gasto de buscar y labrar piedras en las canteras, han preferido siempre tomar el material de obras antiguas que ya no servían. Los árabes han preferido hacer pedazos las columnas para colocar los fragmentos en sus obras, en la creencia de aumentar así su resistencia; y tambien fueron

víctimas de los constructores de iglesias y de castillos de la época de las cruzadas gran multitud de piedras que formaban alguna antigua y venerada construcción. No sería menor tampoco la destrucción causada por los ejércitos de los conquistadores griegos, romanos, árabes y turcos. Los monumentos sepulcrales han excitado la codicia, y para saquearlos se les ha destruido sin consideración. En ningún país mahometano existe lugar alguno cuyos habitantes miren los monumentos del tiempo pagano ni siquiera con el más ligero matiz de interés y mucho menos con admiración ó piedad. Hoy todavía van transportes de piedras antiguas desde Tiro á Acré y Beirut. También han contribuido los terremotos á derribar, reducir á ruinas y sepultar bajo escambros lo que habían dejado las manos destructoras del hombre. Lo que se ha conservado son en su mayor parte testimonios mudos: cimientos y muros de fortificación y sepulcros desnudos vaciados en la roca debajo de la tierra. Por otra parte, se ha hecho poco para sacar á luz los tesoros que indudablemente se conservan todavía enterrados. La única expedición arqueológica hecha en gran escala con objeto de descubrir antigüedades fenicias fué la de Ernesto Renan, que en suelo fenicio hizo excavaciones y otras investigaciones por orden del emperador Napoleón III en los años 1860 y 1861, y la considerable colección de antigüedades fenicias que posee el museo del Louvre en París, es en su mayor parte el resultado de esta expedición (1), de la cual se puede decir con razón data una nueva época en el estudio de la Fenicia antigua. Indudablemente cualquiera otra empresa análoga que dispusiera también de tiempo y de recursos pecuniarios obtendría iguales resultados, como lo prueban los hallazgos que bajo la dirección de Hamdy han pasado recientemente al museo de Constantinopla. Por supuesto no hay que esperar encontrar preciosidades históricas como los anales de Tutmosis III ó como las relaciones minuciosas de los reyes asirios. Verdad es que no faltan del todo en la Fenicia inscripciones en escritura é idioma fenicios, si bien son hasta ahora muy pocas las inscripciones fenicias conocidas que se hayan encontrado allí, y aun entre ellas no hay ninguna que por su valor de fuente histórica pueda compararse siquiera con la inscripción de Mesa (2).

La gran multitud de lugares en los cuales se han encontrado, ya aisladamente, ya en mayor número fuera de Fenicia, inscripciones fenicias, demuestra la grandísima extensión que había llegado á tener el pueblo fenicio. Entre estos lugares y países son los más importantes: la isla de Chipre, el Egipto, Atenas, las islas de Malta, Sicilia y Cerdeña, Marsella y la costa septentrional del África. El mayor número ha sido encontrado en Cartago. Las inscripciones fenicias, por su contenido y objeto tienen escaso interés histórico, pues se reducen en su mayor parte á muestras de piedad, como inscripciones votivas de forma poco vistosa; son productos de una industria fabril muy basta y ordinaria y rara vez contienen más que fórmulas monótonas y nombres de divinidades ó de personas particulares, con algunas imágenes simbólicas ú ornamentos escuetos, sencillos y mal trabajados, esculpidos en lápidas de piedra con motivo de algún voto. Por lo demás, estas dedicatorias son en muchos conceptos y á causa de su brevedad lapidaria, poco inteligibles. Lo mismo puede decirse de las inscripciones sepulcrales, cuyo número tampoco es escaso. Solo las inscripciones de los sarcófagos descubiertos en 1855 y 1887, de dos reyes de Sidon, una estela dedicada á la diosa Beltis (Ba'alat) por un rey de Biblos (Gabal) y dos lápidas encontradas en Marsella y en Cartago con

(1) *Mission de Phénicie dirigée par M. Ernest Renan*, París, 1864, con un tomo de láminas; *Notice sommaire des monuments phéniciens du Musée du Louvre par E. Le Train*, París, 1883.

(2) Véase la *Historia del pueblo de Israel*, de Stade.

listas en forma de tarifas de sacrificios y de derechos correspondientes á los sacerdotes, contienen textos algo minuciosos. La Academia de París tiene nombrada en 1867 una comisión que ha principiado la publicación de una colección completa y explicación de todas las inscripciones fenicias (3). También son relativamente de poca sustancia para la historia las monedas con inscripciones fenicias, siendo lo más importante de ellas los nombres de las ciudades que contienen y que en muchos casos forman la única fuente que nos enseña la forma fenicia de estos nombres. También son fuentes históricas los nombres de algunos reyes que citan y las figuras de divinidades de ciudades, de símbolos y de objetos que representan. Estos no son en realidad productos de origen fenicio puro, sino resultados de la imitación de monedas griegas y una gran parte de ellos obra de artistas griegos, mientras otros son meras imitaciones y aun no debidas á artistas fenicios, de monedas fenicias. El número de lugares de los cuales existen monedas con inscripciones fenicias es mucho mayor que el de aquellos donde se encuentran inscripciones, y probablemente no se limita el número de los citados en las monedas ni al territorio de la Fenicia propiamente dicha ni al imperio cartaginés.

Mucho más explicativos que los monumentos fenicios son los monumentos lingüísticos del antiguo Egipto y de la Asiria; pues tanto el Egipto como la Asiria han hecho largas guerras en su tiempo disputándose el dominio sobre la Siria y la Fenicia, cuyas guerras tuvieron la Siria por teatro. Durante largo tiempo estuvo la Fenicia en relaciones muy estrechas con el Egipto, y por esto hablan de Fenicia y de los países vecinos muchos rollos de papiro y los escritos en las paredes de los templos egipcios, lo mismo que los anales y las inscripciones solemnes de los reyes asirios; pero estas menciones y especialmente los datos de los egipcios son tan poco completos, que solo permiten dar una idea fragmentaria y monótona de la marcha de la historia (4). Sin embargo, á estas dos clases de fuentes unidas á las noticias que nos dan los libros históricos del Antiguo Testamento y lo dicho por los profetas hebreos, debemos lo poco que se sabe sobre algunos hechos sueltos de largos períodos de la historia fenicia, de los cuales no nos dan ninguna noticia los autores griegos y romanos. Estos son todavía como hasta aquí los que nos ofrecen la base más esencial de lo que sabemos respecto de los fenicios. Desde Homero, en cuyos cantos se habla de los hombres y las mercancías de Sidon, hasta los últimos productos de la literatura griega, tenemos una serie de autores que pueden considerarse más ó menos como autoridades históricas, aunque en parte solo repitan lo que ya se sabe. No ha llegado hasta los tiempos modernos ninguna obra independiente escrita ya en latín, ya en griego sobre la Fenicia y su historia. El número de autores griegos que en sus obras han tratado expresamente de cosas fenicias no ha sido insignificante, porque han existido obras que sus autores hicieron pasar por traducciones del fenicio para divulgar, bajo este pretexto, doctrinas especiales; hubo también obras que realmente fueron traducidas del fenicio, y no hay que decir cuán preciosa sería para nosotros una de estas traducciones legítimas. También ha habido autores griegos que al parecer

(3) *Corpus Inscriptionum Semiticarum ab Academia inscriptionum et litterarum humaniorum conditum atque digestum. Pars prima, inscriptions Phœnicias continens fasc. 1. á 4. Parisiis*, 1881 á 1887, con cuatro cuadernos de láminas. Los editores son Ernesto Renan y Felipe Berger.

(4) Jacobo Krall ha coleccionado recientemente las noticias que relativas á la historia fenicia ofrecen las fuentes egipcias, y ha sacado de ellas las consecuencias que resultan. Véase la disertación: *Estudios para la historia del Egipto antiguo*, III, Tiro y Sidon, en el tomo 116 de las sesiones de la clase filosófico-histórica de la Academia de Ciencias de Viena.

escribieron sobre la historia fenicia desde el punto de vista griego y que se ocuparon hasta en investigaciones serias de sucesos como la pretendida expedición de Menelao á los países fenicios. Parece igualmente que existió una multitud de obras con tendencias especiales para el mundo griego de la Fenicia, como sucede con las: *Historias fenicias é indias*, de Filóstrato, y la: *Ciencia de la antigüedad fenicia*, del egipcio Hieronimo (1). Finalmente, hubo otros autores griegos que sacaron sus obras directa ó indirectamente de obras originales fenicias. A juzgar por las pocas muestras que han llegado hasta nosotros, el autor mejor enterado de las cosas fenicias debió de ser Menandro de Efeso, que en un libro que probablemente tuvo la forma de anales había anotado, según dice Flavio Josefo, los sucesos ocurridos en tiempo de cada rey, ya fuese de Grecia, ya de otros países, con la particularidad de que había tenido el cuidado de informarse en los mismos sitios y en los escritos existentes en cada país, para fijar los hechos históricos. Es muy probable que Josefo ni siquiera tuviese á la vista la obra de Menandro, de la cual acaso utilizó solamente algunos extractos, y sabido es su afición á hacer una apología exagerada de las autoridades que cita é invoca en sus propias relaciones; pero aun sin esto, no se puede creer que Menandro hubiese viajado de una ciudad á otra por Europa, Asia y África, para comprobar la exactitud histórica de los hechos que apuntó, como viene casi á sostenerlo Josefo. En la mayor parte de los casos no pudo tener Menandro noticias de primera mano; pero de las noticias dadas por Josefo resulta que justamente habían de haber sido de primer orden los datos que Menandro utilizó en la historia de Tiro, y por esto es irreparable la pérdida de esta obra. También derivan, en parte siquiera, de datos legítimamente fenicios las noticias que Justino extracta de la grande obra histórica de Pompeyo Trogo.

La literatura moderna que trata de la historia de Fenicia es demasiado vasta y variada para que sea posible citarla toda aquí. Son de importancia de primer orden las investigaciones del famoso filólogo francés José Scalígero y del doctísimo Samuel Bochart. Entre los modernos ha adquirido los mayores méritos tocante al conocimiento de la antigüedad fenicia, F. C. Movers; pero, por desgracia, la muerte se ha llevado á este sabio sagaz y profundo antes de haber podido concluir su obra principal (2), que no por esto deja de ser una obra de un gran valor permanente, ya por ser un trabajo científico independiente, ya por los muchos problemas de que trata. No obstante, muchos de los resultados á que ha llegado este autor son hoy ya insostenibles, y en especial merecen rectificación sus investigaciones histórico-religiosas, en las cuales, por lo general, no separa ni fija suficientemente lo que es esencialmente fenicio. Por otra parte confunde sin discutir las cosas que no pueden confundirse, y así juzga erróneamente muchas noticias. También hay que tener presente que cuando empezó sus trabajos estaba todavía en sus rudimentos la interpretación de la escritura feni-

(1) Se dice en alguna parte que este autor había sido gobernador de Siria en tiempo de Antígono; pero este es un error que viene de confundir á este Hieronimo con el otro de Cardia.

(2) La obra de Movers está escrita en alemán y tiene por título: *Los fenicios*. El primer tomo, publicado en Bonn, en 1841, tiene por título: «Investigaciones sobre la religión de los fenicios con relación de los cultos afines de los israelitas paganos, de los cartagineses, sirios, babilonios y egipcios.» El segundo tomo trata en su primera parte de la historia y constitución políticas, Berlín, 1849; en su segunda parte, de la historia de las colonias, Berlín, 1850; y en su tercera parte del comercio y navegación, Berlín, 1856. Sirve de complemento á esta obra el artículo escrito por el mismo autor con el título de: *Fenicia*, y publicado en la «Enciclopedia Universal» de Ersch y Gruber, á cuyo artículo nos referiremos en su caso con el nombre de: «La Fenicia de Movers.»

cia; por manera que sus explicaciones é interpretaciones que para él bastaron, son hoy en gran parte anticuadas. Desde entonces se han estudiado la escritura y lengua fenicias con grande ahinco, y se han aumentado extraordinariamente los monumentos que sirven hoy de estudio. Además de Movers, Juan Kenrick ha tratado de ocuparse especialmente en una obra de Fenicia (3). Es también muy sensible que Alfredo de Gusschmid no haya tenido tiempo para publicar en forma completa sus investigaciones para la historia de Fenicia, de suerte que solo tenemos de él, además de algunas comunicaciones accidentales, su resumen breve, pero sustancioso, que bajo el nombre de *Phœnicia* ha publicado en su novena edición la *Encyclopædia Britannica*. Hay que mencionar aquí igualmente las descripciones de la historia de Fenicia que han publicado en sus eminentes obras sobre la historia del Oriente antiguo, Maximiliano Dunker, Gaston Maspero y Eduardo Meyer (4). Para concluir, en lo que toca á la historia de Cartago, es lo mejor de cuanto poseemos la obra de Oton Meltzer, no concluida todavía, pero que atestigüa tanto el saber como la sana crítica en su autor (5), y aunque no tan minucioso é independiente, merece mencionarse aquí también el trabajo de Smith (6).

2. Carácter especial de la historia de los fenicios.

Solo pueden producir, y no sin condiciones previas, obras literarias ú otros documentos cualesquiera, propios para servir de fuentes de historia, aquellos pueblos que, como dice muy acertadamente Eduardo Meyer en la introducción de su *Historia de la Antigüedad*, y en su *Historia del Egipto antiguo*, se hallan ya en posesión de una civilización relativamente muy adelantada y de una escritura, cualquiera que sea. También deben concurrir condiciones muy diversas á la producción de tal civilización relativamente adelantada. Allí donde han existido desde tiempo inmemorial un clima y un terreno á propósito para el cultivo, con corrientes de agua que permitan llevar sus productos hasta el mar, se ha desarrollado desde el principio la civilización, ó á lo menos se ha puesto en condiciones de permitir á los habitantes establecer mas ó menos sólidamente su independencia. Sin embargo, esto, como se sabe, ha pasado en el mundo antiguo en pocos puntos de la tierra: en el curso superior del Hoang-ho, en la desembocadura del Eufrates y del Tígrís, y en las orillas del Nilo; lo cual prueba que además de las condiciones del clima y de la situación y disposición topográficas, es necesaria alguna otra condición, que es el carácter y la actividad de los habitantes. Estos forzosamente debían poseer ya una inclinación innata á cambiar la vida nómada por la sedentaria y agrícola, es decir, que debían estar dispuestos y ser aptos para dominar con su trabajo la productividad del suelo y dedicarse con buen éxito á las artes de la paz. Teniendo ya con el carácter de la raza este nuevo factor, cuyo origen sin embargo no puede señalarse ni demostrarse, todavía era menester que hubiese un motivo imperioso para despertar las facultades naturales de los habitantes y desarrollarlas. Esta otra condición se encuentra en la miseria, en la lucha por la exis-

(3) Véase: *Phœnicia, by John Kenrick*, London, 1855. Estaba corrigiendo estas líneas cuando recibí el escrito más moderno sobre la historia de Fenicia bajo el título de *Phœnicia*, por Rawlinson, en la obra enciclopédica: *The Story of the Nations*, publicada en Londres, 1888.

(4) También debe mencionarse el novísimo aunque breve resumen de la historia de Fenicia que ha dado Ernesto Babelon, en el tomo VI de la novena edición de la: *Histoire ancienne de l'Orient*.

(5) *Historia de los cartagineses* (escrita en alemán), de Oton Meltzer, tomo I, Berlín, 1879.

(6) *Carthage and the Carthaginians*, por R. Bosworth Smith, Londres, 1878.

tencia, que fueron creciendo á medida que crecía la población y que se hicieron imperiosas desde el día en que la población no pudo mantenerse solo de la caza y de la cría de ganados. Al llegar á este punto, el pueblo tiene aun que recorrer un dilatadísimo camino para llegar á una gran civilización, que no se desarrolla sino en largos períodos de paz no turbada y libre de irrupciones destructoras. Cuando todo esto ha podido concurrir en un país determinado, ha nacido una civilización especialísima bajo todos conceptos y apropiada al país donde nació; civilización que, á su vez, marca y fija el carácter, el modo de ser y el espíritu de los habitantes.

Este origen muestran todas las civilizaciones independientes que hallamos en los comienzos de la historia; en el Este del Asia, la civilización de los chinos, en el Oeste del mismo continente, la civilización de los babilonios, y en Africa la de los egipcios. Estas civilizaciones tienen un carácter comun y parecen hechas de una pieza, con la mas perfecta identidad interior. Semejante civilización, íntimamente penetrada del espíritu del pueblo, en virtud de su irresistible constancia, ejerce sobre el individuo de la nación así civilizada una fuerza que determina su carácter y su disposición, como el molde determina la figura de los objetos vaciados en él; es decir, que tal civilización forma de los habitantes de su pueblo casi una especie particular del género humano. Esto es lo que nos parece tan singular en los egipcios, que Herodoto dijo que los egipcios lo hacían todo de una manera diferente que los demás hombres. Pueden adoptarse ciertas cosas de una civilización así; pueden copiarse de ellas descubrimientos técnicos y habilidades y prácticas de industria; pero como un todo solo puede existir allí donde nació y creció, de aquí los grandes obstáculos que se oponen á la expansión de la nacionalidad que tal civilización ha producido. La nación es esclava de su civilización, como nos lo demuestra claramente la historia de los egipcios, que siempre que tuvieron paz y orden en su propio país trataron de conquistar la Nubia y siempre la perdieron de nuevo, poseyeron durante largos años grandes extensiones de la Siria y las volvieron siempre á perder. En la Nubia la civilización egipcia ha desaparecido completamente, y no fué posible siquiera introducirla en Palestina, cuando en el valle del Nilo existió con todas sus particularidades esenciales á pesar del dominio extranjero hasta la introducción del cristianismo. Los asirios adoptaron en globo y en sus pormenores la civilización de los babilonios, pero no eran enteramente diferentes las condiciones de vida de unos y otros países, ni tampoco la civilización de la antigua Babilonia era una civilización hecha tan de una pieza como la egipcia. La historia de ambos pueblos, la de los egipcios como la de los babilonios, está íntimamente ligada á la historia territorial de una extensión bien definida de superficie.

No sucedía lo mismo entre los fenicios, cuya historia no se identifica tanto con la de su país. Entre todos los pueblos civilizados de la antigüedad los fenicios son los que mas supieron conquistar y conservar su independencia, con el carácter y la civilización que habian adquirido en el limitado territorio donde ésta se formó, y son tambien el primer pueblo que, por medio de la emigración y de las factorías y colonias que fundó en el extranjero, llegó á su completo desarrollo y poderío históricos.

Los fenicios, como los antiguos griegos, que con medios semejantes consiguieron posteriormente resultados tambien semejantes, fueron un pueblo que en el curso de su historia demuestra sobre todo la unidad de origen. Deben su posición en la historia del mundo á su espíritu de empresa y al arrojo con que recorrieron los caminos ilimitados que les

abriría el mar, ya para satisfacer su deseo de ganancia y de recursos, ya para buscar puntos donde establecer con las mayores ventajas posibles una nueva patria. Juzgar de la importancia del pueblo fenicio solo por el número de ciudades y por la significación de la Fenicia propiamente dicha, seria un gravísimo error, porque seria medir esta importancia de una manera muy mezquina. Los pequeños Estados de aquel país no influyeron casi nunca de una manera decisiva ni en los imperios del antiguo Oriente ni en la vida política de sus vecinos; y á lo mas, contribuyeron á decidir en momentos críticos algunas cuestiones en los grandes sucesos históricos, y esto por su existencia casual y por la política que tambien casualmente seguían en aquellos momentos. No preguntáramos ciertamente mas por la historia de Tiro y Sidon que por la de Gaza y Asdod si los fenicios no hubiesen sido los primeros en poner en relacion el Oriente con el Occidente y si Cartago, el adversario mas peligroso de las ciudades griegas de Sicilia y despues de Roma, no hubiese sostenido las luchas desesperadas que sostuvo por el dominio de los países marítimos del Mediterráneo occidental, luchas que al cabo de un largo pasado, pobre en hechos de armas, han hecho inmortal el nombre de los punios. La aureola de gloria que rodea las figuras de los grandes capitanes Amílcar y Aníbal se refleja tambien sobre la madre patria. No deja de haber en la historia ejemplos de colonias y fracciones emigradas de un pueblo enérgico, que han producido una nueva unidad nacional, porque de esos ejemplos hemos visto en los Estados formados por los varengos y por los normandos y tambien los vemos en los Estados Unidos de la América del Norte y en las colonias inglesas; pero estos mismos ejemplos prueban que raras veces se realiza esta nueva formación de naciones sin una considerable pérdida del carácter é índole particulares de la nación colonizadora. En muchos casos se efectúa al mismo tiempo que la transformación mas ó menos completa del carácter é índole primitivos del pueblo colonizador, pues que la adaptación á nuevas condiciones de vida lleva en pos de sí el sacrificio de una gran parte de la nacionalidad. Ahora bien, transformaciones de esta clase apenas se observan en los fenicios de las ciudades coloniales. Solo ahora se empieza á apreciar como merecen las ideas creadoras y los resultados de civilización que los navegantes y comerciantes fenicios comunicaron á los pueblos del Occidente y en primer lugar al pueblo griego, á medida que se descubren en las excavaciones hechas en territorio griego muchos restos anteriores á la época de Homero, los cuales prueban que la extensión del pueblo fenicio tuvo una influencia considerable en el curso é historia de la civilización de los tiempos posteriores á ellos. Lo que les ha hecho tambien en este concepto un pueblo histórico han sido, además de la tenacidad con que persiguieron sus propósitos, el alto grado de facilidad intelectual con que se apropiaron las conquistas de otras civilizaciones y la flexibilidad y circunspección con que supieron adaptarse á nuevos medios y á poblaciones nuevas y enteramente extrañas.

Es verdad que experimentaron, como otro pueblo cualquiera, las vicisitudes favorables ó adversas que encontraron en otras tierras; y ya veremos que obedeciendo á una ley general, solo obtuvieron grandes resultados tratando con pueblos que todavía no poseían civilización propia y durante épocas en que no tenían importancia nacional; pero las cualidades que poseían sobre todo y que no poseyeron jamás los antiguos pueblos civilizados en los valles del Nilo y del Eufrates, eran el grandísimo instinto y el talento de adaptación que tuvieron, por lo mismo que su propia civilización no era precisamente un producto nacional, sino que estaba copiada y aprendida de pueblos extranjeros. Esto hizo que

los fenicios tuvieran mas flexibilidad y estuviesen exentos de los defectos casi innatos de que adolecen las naciones de civilización propia y nacional.

3. El nombre de Fenicia.

La Fenicia como la historia de los fenicios, que tuvo por teatro todas sus colonias y no un país determinado, es menos una idea geográfica precisa que un nombre que se aplicaba en general á aquella parte marítima de la Siria que principalmente estaba habitada por fenicios. Por esto es el nombre de Fenicia (*Phoinix* en griego, *Phœnice* entre los latinos) derivado etimológicamente del nombre griego de los habitantes, y no el de los habitantes del país. El nombre griego de fenicio es formado de *Phoinix*, lo mismo que el de los cilicios de Cilix, ó como lo pronunciaban los griegos, Kilix, y significa persona de color pardo-rojizo, como



Moneda de Cartago

(tamaño del original). Conserve en el Museo numismático de Berlín.

en griego la palabra *phoinos* equivale á color rojo oscuro tirando á pardo. Así la raíz de este nombre de fenicio se vuelve á encontrar en *phenus*, ó sea el *punio*, que los pueblos itálicos probablemente adoptaron de los griegos. Como no eran frecuentes en griego formaciones de palabras de nombres de pueblos como *Phoinix*, no quedó la significación de este nombre siempre en la conciencia de los griegos, y á consecuencia de este olvido buscaron ya en tiempo antiguo etimologías demasiado artificiosas para el pueblo de los fenicios, etimologías en gran parte arbitrarias y necias, lo que no ha impedido que algunas hayan merecido la aprobación de los sabios modernos que por otra parte han contribuido tambien á aumentar el número de las interpretaciones erróneas. No necesito detenerme en la mayor parte de estas interpretaciones para refutar la idea de que los fenicios habian recibido su nombre de *Phoinix*, que se dice haber sido hermano de Cadmo, y la de los que sostienen que el nombre de fenicios designaba á este pueblo como tintoreros de encarnado, ó traficantes en púrpura, ó hasta salteadores homicidas. Estas y otras ideas por el estilo hace tiempo han sido refutadas; pero de todos modos convienen en que *Phoinix* es la raíz y *phoinike* (fenicio) la palabra derivada.

Los fenicios fueron los que dieron á conocer á los griegos el dátil y el árbol que lo produce, y por lo mismo los griegos dieron á la palmera tambien el nombre de *Phoinix*, como quien dice el árbol de Fenicia (1). Así en la antigüedad se explicó el nombre de Fenicia por el nombre griego de la palmera y se creyó que Fenicia significaba país de las palmeras. Entre los modernos, principalmente Movers ha aducido muchas razones en pro de esta explicación, diciendo que si algo podia representar bien la Fenicia era la palmera de dátiles, porque ninguna otra región marítima del Mediterráneo habia podido enseñar mayores bosques de palmeras que la Fenicia y porque tambien figuraba la palmera como símbolo del país en las monedas de Tiro y de su hijuela Cartago. Muchas otras ciudades fenicias usaban tambien palmas en sus monedas. Ateneo menciona expresamente los dátiles como un ramo muy apreciado del comercio fenicio; pero los dátiles solo por error pudieron haberse considerado como producto de la Fenicia, pues que este fruto no llega en aquel país á completa madurez (2). De la existencia de la palmera en las monedas

(1) Véase la obra alemana de Victor Hehn: *Plantas de cultivo y animales domésticos*, quinta edición, págs. 218 y 487.

(2) Véase sobre esto la obra de Carlos Diener: *El Líbano, los rúdi-*

no puede deducirse gran cosa, pues su origen es griego y aunque hechas en otra parte, son imitadas de las monedas griegas; y además hay otras monedas de Siria que tienen tambien la palmera. Lo que importa aquí es saber si es acertada esta etimología, y esto no es posible. En general los griegos han sido mas atrevidos que felices en sus explicaciones etimológicas y en este caso tampoco han querido ver la dificultad que se opone á su explicación, porque es lingüísticamente imposible que habiendo formado de la palabra *Phoinix* (la palmera datilífera) un nombre de país de la forma de Fenicia, hubiesen podido hacer de este nombre de país otra vez el de *Phoinix* como nombre de los habitantes. Meltzer es quien ha llamado la atención sobre esta imposibilidad, bien que la nueva explicación que él propone, aunque solamente por vía de suposición, excita igual objeción; porque si bien reconoce en su historia de los cartagineses que el significado original y fundamental de *Phoinix* y de *phoinike* se encuentra en la palabra *phoinos* como designación de un color especial, cree que la palabra *Phoinix* era una traducción del egipcio antiguo, atendido que la parte del Asia limítrofe del Egipto era llamada por los egipcios *la Tierra roja*. Pero resulta, al pare-



Monedas de los procuradores romanos de Judea (tamaño del original).

a. Año 39 de Augusto. Anverso: una espiga de trigo con la inscripción: ΚΑΙΣΑΡΟΣ 'del César'; véase el Evangelio de San Mateo, cap. 22, v. 21. - Reverso: una palmera.

b. Cuarto año de Tiberio. Anverso: una hoja de palmera, con la leyenda: ΙΟΥΔΑΙΑ - Reverso: una corona de laurel con la leyenda: ΤΥΒ (επιων) ΚΑΙΣΑΡ (ος).

cer, que en la lengua egipcia no existió ningun nombre de pueblo que hubiese sido derivado de *Tierra roja*; y de todos modos, para dar razón á Meltzer habria que aceptar lo que no puede admitirse, es decir, que el nombre griego del país fuese anterior al nombre del pueblo. Lo mismo sucede con la opinión de A. H. Sayce (3), que supone la palabra *Phoinike* traducción griega de la palabra *Keft*, con la cual los egipcios designaban la Fenicia, cuya palabra *Keft*, dice, significaba país de palmeras. Contra esta opinión se opone la objeción de que los nombres usados en la lengua egipcia para la palmera datilífera y su fruto se llamaban *benre*, *bene*, *beni* y no *Keft*. Tampoco es fácil figurarse que los fenicios que tuvieron las primeras relaciones con los griegos, aun admitiendo que fuesen colonos fenicios naturales de las embocaduras del Nilo, se hubiesen servido de los nombres egipcios para designar á los griegos su propio país y pueblo.

Si ahora la palabra Fenicia en su origen solo significaba para los griegos una extensión de tierra cuyos habitantes se componían en su mayor parte de fenicios, se explica por qué la idea de Fenicia tenia casi siempre algo de vago é incierto. Los fenicios solo tuvieron permanentemente en su poder una pequeña parte de la costa de Siria. Si nos figuramos dividida en tres partes iguales la extensión total de la costa marítima de la Siria desde la bahía de Iskanderun, el golfo de Issos, en el Norte, hasta El-Arisch, en el Sur, resulta ser el trozo

mentos de su geografía física y de la geología de la Siria central, Viena, 1886; Oton Ankel: *Rasgos principales de la naturaleza del país al Oeste del Jordán*, Francfort, 1887; Baedeker: *Palestina y Siria en la mano*, segunda edición.

(3) Véase su obra: *The Ancient Empires of the East*, etc., Londres, 1883.